

Pues pagará, ¡vive el cielo!
Su inadvertencia de niña.

Que nadie el dón halagüeño
Sin causa podrá alcanzarlo,
Pues se deshace al tocarlo,
Como la dicha de un sueño.

De alguna sé que la palma
Ganar en la lid podría....
Mas cesa, esperanza mía,
No así me inquietes el alma.

Que no han de empañar ahora,
Al recordar mis amores,
Otras lágrimas las flores
Que las que les dió la aurora.

Esa florida guirnalda,
Ya despojada de abrojos,
Ha de hechizarme los ojos
Sobre la tez de una espalda.

Venid, venid, peregrinas,
Matando, niñas, de amores.
Justo es que gocéis las flores
Alguna vez sin espinas.

Y no diréis que inhumano
Vuestro placer no prevengo,
Cuando por vosotras tengo
Llena de heridas la mano.

¿Y á quién al verla no asombra
Esa guirnalda gentil,
Tan vaga, aérea y sutil,
Que opuesta al sol, no hace sombra?

Del cielo la transparencia
Afrenta, así desplegada,
De aire y matices formada,
Lumbre, contornos y esencia.

Cual las esperanzas mías
Tiene su verde frescura,
Y tan fresca su verdura
Como el Abril de mis días.

Aun no ajaron sus colores
Del céfiro los arrullos,
Ni el huracán sus capullos,
Ni las abejas sus flores.

Y con tenue movimiento,
Jamás tocaron sus galas
Ni del ruiseñor las alas,
Ni los gemidos del viento.

Naciente, pura y hermosa,
Se ostenta con pompa suma
Tan fresca como la espuma,
Tan suave como la rosa.

Y fresca, y suave, y pura,
Sobre los aires flotando,

Desde hoy la dejo esperando
La reina de la hermosura.

Por esto si alguna bella
Merece el dón soberano,
Levante airosa la mano,
Y cña su sien con ella.

A FELISA

EL DIA DE SU BODA.

Aunque á la aurora temores,
Y al mismo sol des enojos,
Te sientan con mil primores
La languidez en los ojos,
Y en el cabello las flores.

Muestran tantas maravillas
Los diamantes en tu cuello,
Las rosas en tus mejillas,
Que con real ornato brillas
Desde la planta al cabello.

Y aunque arreo tan brillante
Dé á tu belleza decoro,
¡Ay, que en tu lindo semblante
Oculta cada diamante,
Bella Felisa, un tesoro!

Vertiendo dulce sonrisa,
No ocultes los ojos bellos,
Porque te dirán con risa
Que ya leyeron, Felisa,
Tus pensamientos en ellos.

Embebecida y errante
Vagas con planta insegura,
Cual si escucharas amante
El céfiro susurrante
Que entre tus bucles murmura.

Ya sé que en este momento
Las niñas en dulce calma
Oyen, con turbado intento,
Cosas que murmura el viento
Y escucha gozosa el alma.

Ya sé que el cielo abandonan
Los ángeles, y que hermosos
De luz su frente coronan,
Y dobles himnos entonan,
De su hermosura envidiosos.

Sé que en sus ojos se encantan,
Y que en torno se revuelven;
Acentos de amor levantan;
Las llaman hermosas, cantan,
Besan su faz, y se vuelven.

Y en este instante de gloria,
Con recuerdos seductores,
Ya sé que por su memoria

Pasan la amorosa historia
De sus pasados amores.

Por eso, Felisa, errante
Vagas con planta insegura,
Cual si escucharas amante
El céfiro susurrante
Que entre tus bucles murmura.

Dime si tal vez, hermosa,
En esa ilusion tranquila
Probando estás amorosa
La dulce miel que destila
El dulce nombre de esposa.

Dí si en tus ojos se encienden
Los ángeles; si contento
Te causa tal vez su acento;
Y si mirándote, tienden
Las blancas alas al viento.

Dí si recuerdas, Felisa,
Las canciones que sonaron
En tu calle, y se apagaron;
¡Que por Dios que bien aprisa,
Siendo tan dulces, pasaron!

Ya no escucharás cual antes,
Allá en las noches serenas,
Sobre los aires flotantes,
Las sabrosas cantilenas
De los rendidos amantes.

Que os es muy grato á las bellas,
Al són del arpa importuna
Oir amantes querellas,
Ya al brillo de las estrellas,
Ya al resplandor de la luna.

Y os place ver derramados
Cantos de amor por los cielos,
Porque causen acordados
A otras hermosuras celos,
Y á otros galanes cuidados.

Y oís las trovas de amores,
En vuestro lecho adormidas,
Como los vagos rumores
Que hacen al ondear las flores,
De vuestras rejas prendidas.

Y al despertar, con empeños
Tal vez pensáis que halagüeños
Os dan, cantando, placeres,
Esos dulcísimos séres
Con quien platicáis en sueños.

Mas ¡ay, que ya se apagaron
Aquellos cantos, Felisa,
Que en tu alabanza sonaron!
Y por Dios, que bien aprisa,
Siendo tan dulces, pasaron!

Pasaron los amadores,
Llevando sus falsas llamas;

Tiempo es que libre de azores
Trate, Felisa, de amores,
La tórtola entre las ramas.

Ya no escucharás, cual antes,
Allá en las noches serenas,
Sobre los aires flotantes,
Las sabrosas cantilenas
De los rendidos amantes.

Las rosas que con pasion
Hoy te prendiste galana,
Las últimas rosas son
Que columpió en tu balcon
La brisa de la mañana.

Si ya con plácidas glosas
Tu pecho nunca se embriaga,
Aun hay canciones gustosas,
Con que á las tiernas esposas
El aura nocturna halaga.

Si trovas no están rompiendo
Tus sueños, como hasta aquí,
Los romperá el dulce estruendo
De algun pecho que gimiendo
Esté, Felisa, por tí.

Y unos sonos muy callados
Oirás cruzar por los cielos,
Sin que causen, acordados,
Ni á otras hermosuras celos,
Ni á otros amantes cuidados.

Y á cada momento, hermosa,
En grata ilusion tranquila,
Podrás probar amorosa
La dulce miel que destila
El dulce nombre de esposa.

TU RISA.

Agite placentera
La risa veleidosa,
Como el aura lijera,
Tus mejillas de rosa.
Descienda fugitiva
Por la serena frente,
Ya desaparezca esquivo,
Ya torne de repente,
Ya en fantástico vuelo
Vague, en torno girando,
Ya, dando tregua al duelo,
Huya y torne fugaz, fugaz pasando.

Y despues amorosa,
Luego que haya tocado,
Ya el labio colorado,
Ya la mejilla hermosa,
Aérea, rutilante,
Como leve ambrosía,
Venga á caer amante
En lo mas hondo al fin del alma mia.

EL ARROYO.

Arroyo sosegado,
Que al resbalar so la enramada bella,
Murmuras acordado,
Rico de espejos, si de aromas ella,
En vagos resplandores
Confundiendo tus visos con sus flores.

Ayer cuando naciste,
Eras pequeño manantial sin brio,
Después arroyo fuiste;
Luego serás en la floresta rio,
Y mas allá corriente
Que el mar arrostrés con soberbia frente.

Apresurado llega,
A par de las clarísimas cascadas,
A la cercana vega,
Que á su placer descienden reclinadas
Con brillante decoro
En blandos lechos de esmeralda y oro.

Prosigue; que á tu lado
Gimiendo iré, cuando fugaz murmurés,
Y de mí acompañado
Hasta el valle serás, aunque apresures
Tu cristalina marcha
Con frente de ovas y con piés de escarcha.

Los dos con dulce estruendo
Irémos, tú placeres murmurando,
Yo pesares gimiendo;
Y nuestras voces á la par alzando,
Serán tus alegrías
Rémora acaso de las penas mías.

Cuéntame dó luciente
Bordaste de tu linfa cristalina
El manto trasparente
De tanta perla y esmeralda fina,
Y con belleza suma
De dónde arrastras tu nevada espuma.

Cuéntame si brotaste
Al pié de un sauce ó de elevado pino;
Los prados que cruzaste;
Cuántos mármoles viste en tu camino;
Las flores que bañaron
Tus frescas aguas, y á su humor brotaron.

Dime las dulces aves
Que de los olmos de tu blanda orilla
Te cantaron suaves,
Y las sierpes que al verte sin mancilla
Vertieron su veneno
Para poder cruzar tu limpio seno.

Dime si las zagalas
Tus claras urnas ilustrando viste
Sin inútiles galas;
Y cuéntame los sueños que infundiste
Al oír los pastores
El dulcísimo són de tus rumores;

Que yo te iré contando
Mis cortos bienes y mis luengos males.—
Mas ¡la vega mirando,
Presuroso despeñas tus cristales
Y rápido te alejas?
Bien haces ¡ay! por no escuchar mis quejas.

—¡Qué hermosa está la vega,
Cuando bañada de feraz rocío,
Fructífero la riega
El ámbar celestial de tanto rio,
Sobre su nácar blando
La clara luz del sol reverberando!

Las aguas transparentes,
Formando al oscilar claros espejos,
Los delgados ambientes
Arrebolan de mágicos reflejos,
Que ya azules, ya rojos,
Embelesan estáticos los ojos.

¡Mil veces venturosas,
Tan henchidas de honor, como abundantes,
Corrientes sonoras,
Que pagando tributos en diamantes,
Camináis sosegadas,
De palmas inmortales coronadas!

Y así con tal premura
Con las aguas medreis de las praderas,
Que al ver tanta hermosura,
Espantada abandone sus riberas,
Y ceda á vuestro brio,
Reprimida la mar, su señorío.

Seguid, claras corrientes,
Con dulces y suavísimos rumores,
Poblando los ambientes
De reflejos y débiles vapores,
Que como frágil velo
Los rayos templen de la luz del cielo.

Y á ocultar en los mares,
Que lleveis estas lágrimas os pido,
Fruto de mis pesares,
Y último resto de mi afán perdido;
Si acaso por ser mías
No las desdeñan vuestras ondas frías.

Mi haren en Andalucía.

Del alba la luz temprana
Turbados mis ojos ven,
¿Y aun á estas horas, sultana,
Desierto tienes mi haren?

¿De cuándo acá, vida mía,
A desterrar mis enojos
Viene antes la luz del día
Que el resplandor de tus ojos?

Olvida amantes agravios,
Y ven, sultana, á mi lecho,
Con la sonrisa en los labios
Y la ternura en el pecho.

Ven, que ya libre de penas,
Te ofrezco en amante lazo
Amor en vez de cadenas,
Y en vez de hamaca un regazo.

Tus dulces labios en calma
Aspiren con tierno afán
Estos suspiros del alma
Que á tí de su centro van.

Y para darte mas gloria,
Tristes verdades mintiendo,
Voy á contarte una historia
Que anoche forjé durmiendo:

“Era una hermosa sultana
De falle esbelto y galán,
Que ha cautivado inhumana,
Siendo cautiva, al sultan.

Jamás su altivez sentía
Por su cautiverio enojos,
Porque la ingrata tenía
La libertad en los ojos.

Y aunque tan cruda la bella
Pagaba al amante fiel,
Nunca el rigor de su estrella
Maldijo en sus cuitas él.

Que al hado acusar de impío,
Después de amantes reveses,
Es conjurar al estío
Que ya ha abrasado las mieses.

Y en las revueltas de amor
Tan mal el amor nos paga,
Que está en mas el agresor
Que hace mas honda la llaga.

En la memoria grabando
El cuento ve, que es tan cierto,
Como el que forja soñando
Lo que le pasa despierto.

Libre ella, y él en su afán,
Vivían hoy y mañana,
Así rendido el sultan,
Y ecesenta así la sultana.

Siempre llamaba antes que ella
A sus ventanas el día,
Y con los suyos la bella
Jamás sus labios unjía.

Y eso que el triste en su agravio,
Por mas que su fé te asombre,
Solo secaba su labio
Mentando en sueños su nombre.

¡Ay del mortal que en sus sueños
No acuden á darle holganza

Esos fantasmas risueños,
Fruto de nuestra esperanza!

¡Ay del sultan que en su pena
Cultiva locos amores,
Como un erial, cuya arena
Ni cria césped ni flores!

¡Triste de aquel que su amada
Junta soñando á su pecho,
Y al despertar, olvidada
Ve la mitad de su lecho!

Libre ella, y él en su afán,
Vivían hoy y mañana,
Así rendido el sultan,
Y ecesenta así la sultana.”

Mas, ¡vive Dios! que en mi gloria,
Loco de amores creía
Que oyendo estaba la historia,
Ébria de gozo la mía.

Creuyendo verla soñando,
Mis cuitas de amor la cuento,
Y por Alá que estoy dando
Satisfacciones al viento.

Que llamen á mi sultana,
Si acaso está en los jardines,
Pues ya escucho á su ventana
Trinando los colorines.

Decidla que de pasada
Van, en conciertos suaves,
Echándola la alborada
Hacia las selvas, las aves.

Ven á quien triste delira,
Sultana, y verte desea;
Que aquí mi pecho suspira,
Si allá el ruiseñor gorjea.

Ven, que ya sueltan rumores,
Formando en tu ausencia quejas,
Los ramilletes de flores
Que anoche colgué en tus rejas.

Y si te place estar viendo
Los rayos matutinales,
¿A qué te alejas, teniendo
Tus miradores cristales?

Mira desde ellos, si tienen
Cosa que alegre tu afán,
Cómo las luces se vienen,
Cómo las sombras se van.

Lás plácidas flores mira
Cuál mueve el aura insegura
Que entre las peñas suspira,
Y entre las ramas murmura;

Y en su correr transparentes,
Y en su revolar suaves,

Cantando al son de las fuentes,
Poblar los sotos las aves.

Mira en hermoso atavío
Rico de galas el suelo,
De algas y conchas el río,
Luz y colores el cielo.

Y mira rindiendo amores
Hoy á tus piés reverentes
Cautivos, árboles, flores,
Céfiros, aves y fuentes.

Y mira hamacas prendidas
De las palmas;
¡Cuándo estarán así unidas
Nuestras almas!
Y cómo alegres en ellas
Las cautivas
Se están meciendo, tan bellas
Como esquivas.

Van del ambiente las alas
Regalando,
De extremo á extremo sus galas
Columpiando;
Y aunque oyen de sus cadenas
El estruendo,
Están al menos sus penas
Adurmiendo.

Flotando en muelles arranques
Van las plumas,
Como en rizados estanques
Las espumas.
Templa del aire el arrullo
Sus congojas,
Si las inquieta el murmullo
De las hojas.

Y van por las auras vagas
En su vuelo,
Como pudieran las magas
Por el cielo;
Ó como allá en alta noche
Placentera
Rueda la luna en su coche
Por la esfera.

Sultana, vé á columpiarte
Voluptuosa;
No haya moro que al mirarte
Tan hermosa,
No trueque en grata blandura
Su braveza,
Y no incline con mesura
La cabeza.

Y forma con las cautivas
Tiernos lazos,
Puesto que el columpio esquivas
De mis brazos;
Tú que en pureza acrisolas
Los azares,

Serás el cisne en las olas
De los mares.

Y cual el pájaro amante
Que su nido
Sobre la rama ondulante
Ve mecido,
Te miraré, ya marchando,
Ya viniendo,
Ora si vas, sollozando,
Ora si vuelves, gimiendo.

Mas deja el columpio erguido,
Y ese brillante arrebol,
Que ya en el cenit tendido
Tus ojos ofende el sol.

Ven á mi haren apiadada,
Donde te aguarda esplendente,
Con profusion derramada,
Toda la gala de Oriente.

Ya busca el agua saltando
Del prado la verde alfombra,
Y el vulgo de aves sonando,
Entre las palmas la sombra.

La mar apenas murmura,
Y alzan muy débil acento
Las aguas en la llanura
Y en las montañas el viento.

En su lujoso atavío,
Los cisnes con pompa suma
Cruzan las aguas del río,
Durmiendo en lechos de espuma.

El ruiseñor en su nido
Del sol esquivo las llamas,
Y entre las hojas dormido
No agita el viento las ramas.

Ven adonde halles las flores
Que cria el valle mas puras,
Y plumas de mil colores,
Como tu fé mal seguras.

Y espejos que serán parte
Para templar tus ojos,
Pues que rehusas mirarte
En el cristal de mis ojos.

Tambien historias galanas
Te contaré en mis afanes,
Donde hay ingratas sultanas
Y enamorados sultanes.

Verás en ornato bello,
Si á tal primor no te asombras,
Corales sobre tu cuello,
Bajo tus plantas alfombras.

En mis brazos regalados
Habrán de adormir tus penas,

Las aves desde los prados,
Desde la mar las sirenas.

Y con canciones livianas
Mitigarán tus dolores,
Las auras en las ventanas,
En los jardines las flores.

Entre tan tiernas canciones
Te ofrecerán con anhelo,
Los aires plumas y sonos,
Galas y alfombras el suelo.

Y cuando en volubles giros
Dándote estén lisonjeros,
Perfumes los pebeteros,
Y música mis suspiros,

Agitarán con sus alas
En torno de tí los vientos
Música, plumas y cuentos,
Flores, perfumes y galas.

UN NO SÉ QUÉ...

A C.

Tu dulce rostro, mi bien,
Fuera mi dulce consuelo,
Si algunas veces tambien
No lo empañara el desden,
Como las nubes el cielo.

Depon tu ceño piadosa,
Y el puerto consolador
Sé de mi esperanza, hermosa;
Que el aura es poco amorosa
Cuando aja un almendro en flor.

Al ver tu frente galana,
Dudo si mi pecho adora
La blanca tez soberana,
Ó dudo si me enamora
De tus mejillas la grana.

Tus cabellos me encadenan,
Lumbre tus ojos fulguran,
Tus acentos me enajenan,
Que como el aura murmuran,
Y como el céfiro suenan.

Bien sé que en ornato bello
(¡Pese á mi esperanza loca!)
Muestra diamantes tu cuello,
Flores y aroma el cabello,
Perlas y néctar tu boca.

Y de la frente á la planta
Sé que encantas; pero á fé
Que al mirar delicia tanta,
Cuando todo en tí me encanta,
Lo que me encanta no sé.

Porque aunque hay ojos lumbrosos,
Cual los tuyos halagüeños,

Dulces, lánguidos, sabrosos,
Como la luz amorosos,
Y como el alba risueños;

Jamás al verlos deliro,
Por mas que plácidos giran;
Y cuando los tuyos miro,
Mas tiernamente suspiro,
Cuanto mas tiernos me miran.

Ese rostro sin igual
Tiene para mi tormento
UN NO SÉ QUÉ celestial,
Tan extraño como el mal
Que al verlo en mi pecho siento.

Es manantial de alegría
Con que en vaga incertidumbre
Sueña el alma noche y dia;
Es para el labio ambrosía,
Y para los ojos lumbre.

Centro de mis esperanzas,
Que al mirarlo, á su despecho,
Entre amorosas holganzas,
El labio suelta alabanzas,
Y tiernos ayes el pecho.

Es risa que se dilata
Por tu faz encantadora,
¡Tan sutilísima y grata!...
Que todas las risas mata,
Como á los astros la aurora.

Gira, pasa, vuelve; y leve
Tus labios apenas toca;
Y en vuelo rápido mueve
Ya de tu frente la nieve,
Ya el rosicler de tu boca.

Y cual el aura bullente
Suele las flores sencillas,
Ella así rápidamente
Los labios mueve y la frente,
Párpados, tez y mejillas.

La rueda del amor.

RECUERDOS DE UN DIA DE CAMPO.

Aquellas niñas hermosas
Que en suma beldad conformes,
Teniendo la tez cual nieve,
Tengan los ojos cual soles,
Y el alma sintiendo, tiernas,
Herida de mal de amores,
Tanto les falte de esquivas
Cuanto de bellas les sobre,
Salgan al campo conmigo,
Ricas de gracias, adonde,
Favor al Mayo risueño,
Las brinden, con gracias dobles,
Corrientes aguas los valles,

Frescos doseles los bosques,
 Con su verdura los campos
 Y con su esencia las flores.
 Oiréis sonar encontrados,
 Y aunque encontrados, acordes,
 Los enamorados trinos
 De músicos ruiseñores,
 Cuando en sentidos acentos
 Mustias las tórtolas lloren,
 Dando en su vuelo á los aires
 Matices, plumas y sonos
 Venid, y hagamos la rueda
 Llamada de los amores
 (Que al aprenderla de niño,
 No la olvidé desde entonces),
 Las ricas flores hollando,
 Y el aire hendiendo veloces,
 El aire con los cabellos,
 Y con las plantas las flores.
 Las blancas manos asiendo,
 Y tan blancas, que las Córtes
 Nunca tan nítidas manos
 Dan á sus reyes en dote,
 En torno agitada festivas
 Los aires murmuradores;
 Que yo vendaré mis ojos,
 Haciendo del día noche.
 Volad, palomas, que osado
 Yo espantaré los halcones,
 Si alguna vez para heriros
 Muestran sus garras feroces.
 Volad, que á la que esta rama,
 Pasando furtiva, toque,
 Con la venda de mis ojos
 Habrá de nublar sus soles
 —¡Oh! ¡qué triste es nuestros ojos
 Cubrir de sombras informes,
 Y no sentir de los vuestros
 Los penetrantes arpones,
 Ni ver con ansias mortales
 De vuestra faz los colores,
 Ni sobre el aura, al tenderlos,
 De vuestros talles los cortes!
 Niñas, corred; que aun no escucho
 Con plácidas emociones
 De vuestras ropas flotantes
 Los sutilísimos roces;
 Y aunque me pesa en el alma,
 No siento los corazones
 Que muellemente se agitan
 Bajo esos pechos de bronce.
 Volad, palomas, que osado
 Yo espantaré los halcones,
 Si alguna vez para heriros
 Muestran sus garras feroces.
 Volad, que á la que esta rama
 Pasando furtiva, toque,
 Con la venda de mis ojos
 Tendrá que nublar sus soles.
 Mas ¿cómo sin dar amante
 Á vuestro enojo ocasiones,
 Huís dejándome solo
 Sin advertirme por donde,

Tal que siquiera dejásteis,
 Pasando como ilusiones,
 Ni removida la arena,
 Ni destroncadas las flores?
 Sin duda en mágico vuelo,
 Como celestes visiones,
 Entre la grama y los aires
 Os deslizasteis veloces,
 Huyendo mi fé constante,
 Pues vuestros pechos traidores
 Tienen el aire por guía,
 Y la inconstancia por norte.
 ¡Una y mil veces mal haya
 Quien de vuestras invenciones
 Amante se fia, y de ellas
 La falsedad no conoce!
 Y masque en tanto á la sombra
 De estos altísimos robles
 Maldiga yo vuestro agrado,
 Y mis desagradados llore;
 Vosotras entretenidas
 Mirad las aguas que corren;
 Que bien está vuestra fé
 Con su inconstancia conforme,
 Pues no hay onda que no agiten
 Á cualquier viento que sopie,
 Ni conchas que no remuevan,
 Ni árbol ni flor que no mojen,
 Ni campos que no dibujen,
 Ni imágenes que no borren,
 Ni risas que no deshagan,
 Ni círculos que no formen.
 Mas luego que el sol sus rayos
 Estienda en el horizonte,
 Haciendo en las nubes iris
 Tocando el mar de colores;
 Y luego que en régia pompa
 Parezcan á sus fulgores
 Mares de sombra los valles,
 Y mares de luz los montes;
 Vendréis á buscar frescura,
 Cuando el calor os agobie,
 Y me tendréis que encontrar,
 Aunque no queráis entonces;
 Y yo á la sombra tendido
 De estos altísimos robles,
 No os he de dejar el puesto,
 Por mas que tierno os adore,
 Ni miraré enamorado
 De vuestra faz los colores,
 Ni sobre el aura, al tenderlos,
 De vuestros talles los cortes,
 Y no vendaré mis ojos,
 Masque en no hacerlo os enoje,
 Y hasta ahogaré mis suspiros,
 Aunque con ellos me ahogue.

Haré todo esto que digo,
 Y mas que veréis entonces,
 Y á fé de amante lo juro
 Por esas aguas que corren.

LA ACCION DE BELASCOAIN.

CANCIÓN DEDICADA AL BIZARRO
GENERAL

D. Diego Leon, conde de Belascoain.

Hélos allí ganando
 La alta cerviz de la empinada sierra,
 En pos del fiero bando
 Que de ella huyendo, y proclamando guerra,
 Va en las nubes buscando
 Una segura vía,
 Pues ya su cobardía
 No encuentra asilo en la espaciosa tierra.
 Ved á Leon, en su furor tremendo,
 Gritar desde la altura:
 “¡Guerra, soldados! del cañon horrendo
 Al fúnebre tronar, la lumbre pura
 Del sol mil nubes condensadas cieguen;
 De púrpura humeante
 Montes y valles sin piedad se aneguen;
 El Arga murmurante
 Restos humanos cuajen;
 De sangre palpitante
 Tantos arroyos de las cumbres bajen,
 Cuantos soldados á las cumbres lleguen.”

A su voz respondiendo
 Bronco el cañon, majestuoso suena,
 Que de un discordo estruendo
 Hinché los valles y los campos llena;
 Y fugaz discurriendo
 Ya en el vago horizonte,
 Ya desde el prado al monte,
 Todo el contorno en derredor atruena.
 Del ronco són, que libertad pregona,
 La alta montaña herida,
 Estremece su rústica corona,
 De pinos, hayas y laurel tejida.
 Huye el rebelde, y entre riscos quiere
 Guardar la vida odiosa;
 Que la vida al honor el vil prefiere.
 Mas en su cueva umbrosa
 Le sorprende espantado
 Una muerte afrentosa;
 Y el último ¡ay! del huracan llevado,
 Como su orgullo, en el espacio muere.

¿Tan vilmente se humilla,
 Y osa á los libres imponer sus leyes
 Esa infernal cuadrilla?
 ¡Dignos vasallos de tan dignos reyes!!
 ¿A la alzada cuchilla
 Se rinde del verdugo?
 ¡No será leve el yugo
 Que agobie el cuello de tan mansas greyes!
 Levantad la cerviz que de un tirano
 Huella la inmunda planta,
 Y torpes no llenéis el nombre hispano
 De tanto oprobio, de ignominia tanta.
 De esos ilusos desechad el ruego,
 Que el premio de afan tanto,
 Entre cadenas os lo guarden luego.

Mas huid con espanto,
 Huid, turba obcecada,
 Yo os ecseero en mi canto;
 La luz de la razon os es privada;
 Que torpes sois, y el fanatismo es ciego.

Seguid hasta la cumbre,
 Libres soldados, la canalla impía,
 Y en fiera muchedumbre
 Baje rodando de la selva umbría.
 La negra servidumbre
 Purgad del patrió suelo;
 Que no suban al cielo
 Votos que afrentan á la patria mia.
 Derrocad ese trono que sustenta
 Tantos ídolos falsos,
 En derredor del cual, por mas afrenta,
 La baja adulacion sembró cadalsos.
 ¡Guerra, soldados! su ominosa vida
 Rinda el vil en ofrenda.
 ¡Guerra! y no el alma á compasion movida
 Vuestro puñal suspenda.
 De esa cobarde jente
 No os prometáis la enmienda:
 Quien servil una vez dobló la frente,
 Nunca el camino del oprobio olvida.

Ya el doblar aguerrido
 Del trémulo atambor se va atenuando,
 Y el hórrido estampido
 Se trueca del cañon en eco blando.
 El humo ennegrecido,
 Que como denso velo,
 Roba la luz del cielo,
 Raudo disipa el aquilon soplando.
 El Arga turbio en campos de esmeralda
 Se arrastra ensangrentado,
 Y afean charcos de carmin y gualda
 El verde esmalte del florido prado.
 Cadáveres sin fin del monte frio
 Coronan el altura;
 Cadáveres sin fin del soto umbrío
 Ocupan la llanura.
 Ya el estruendo se aleja;
 Cesó la guerra dura;
 Solo en el valle, como en són de queja,
 Callan los ecos y murmura el rio.

TU BOCA.

Para formar tan hermosa
 Esa boca angelical,
 Hubo competencia igual
 Entre el clavel y la rosa,
 La púrpura y el coral.

Mintiendo sombras de bien,
 En ella el mal se divisa,
 Por lo que juntos se ven
 Ya la apacible sonrisa,
 Ya el enojoso desden;